

Carlos Fuentes: a propósito de un discurso inédito en el contexto de *La muerte de Artemio Cruz*

Martha Isabel Alzate Hincapié¹

¿Cuál es la herencia que puede hallarse en *La Muerte de Artemio Cruz*? ¿Qué de sus ojos verdes y su tez morena pertenecen al *Nuevo* o al *Viejo Mundo*? ¿Cuál es el hilo conductor que nos lleva de este mestizo huérfano, partícipe de las guerras entre facciones posteriores al levantamiento revolucionario en el México de principios del siglo pasado, al otro Artemio, el que construyó un emporio económico, aliado de inversionistas extranjeros, terrateniente, político, propietario de medios de comunicación, en fin: un “hombre de su tiempo”?

Esta transformación, representada en el personaje central de la emblemática novela, constituye el núcleo del discurso pronunciado por Carlos Fuentes en la Freie Universität de Berlin, a propósito del *Doctorado Honoris causa* en Filosofía que le fue otorgado por este claustro en el año 2004.

Y, siguiendo el rastro de estas transformaciones, que son las de los americanos del mundo postcolonial, podemos llegar a decir que la obra de Fuentes está cruzada por este “mestizaje”, uno que parte de sus raíces mexicanas –representadas en la casona en la que sucede el aquelarre de *Aura*, o en “Chac Mool”, su ídolo de barro viviente– y que termina en su ser cosmopolita, en su discurso extra territorial, que es el de, digamos, su desenfadado pintor de *Fortuna, lo que ha querido*.

En el discurso inédito que se presenta a continuación, estas preocupaciones se ponen en evidencia en un recorrido que parte por identificar la herencia cultural que la metrópoli, y por su intermedio toda la Europa, ha dejado en nosotros, descendientes de aborígenes, impronta transmitida y aumentada por el crisol de culturas que vinieron a reunirse bajo las lógicas económicas del mundo colonial. Y llega a la actualidad con este otro mundo globalizado, igual de diverso e interdependiente, como tal vez aquel lo fue.

Las instituciones coloniales fueron incapaces de contener la avalancha de significados y sistemas de pensamiento, aquella que fraguó en las colo-

1. Ingeniera civil de la Universidad de Manizales, adelanta estudios de Doctorado en Literatura en la Universidad Tecnológica de Pereira.

nias americanas la mezcla prolífica del mestizaje, a partir de la interacción de seres provenientes de diversas latitudes.

Con los procesos de la Independencia la influencia de la metrópoli fue suspendida tan solo en superficie, porque el faro que alumbró estas gestas fue europeo. Los ideales, instalados en la mentalidad y en la visión de los próceres americanos, fueron los de la revolución francesa. Una concreción muy parcial de ellos –tal vez una adaptación poco contextualizada– pudo constituir un fracaso parcial en la búsqueda de la libertad de los pueblos americanos. No obstante, el eco de los derechos humanos y de los ideales de libertad del hombre, sigue presente en nuestra mentalidad y persiste hasta nuestros días en algunos núcleos intelectuales, aunque vapuleado por la subjetividad hipermoderna.

Con la intención de implantar el proyecto de modernidad con sus estados nacionales, la América inició un proceso de reconstrucción de su identidad: fragmentos de lo que fue su emergencia al mundo a instancias del descubrimiento. Este proceso, como bien lo señala Fuentes en el discurso que ahora presentamos, no puede negar la interdependencia que existe entre América y Europa: dos caras de una moneda, fundida en el resplandor producido por el avistamiento de un nuevo continente. No obstante, todo encuentro –diversidad que se junta para ser otra cosa, convivencia de mundos heterogéneos– trae consigo los costos inherentes a su intento de fusión.

En la novela del personaje mestizo Artemio Cruz se dejan entrever el fluir de la historia y los costos de su marcha. En ella se ilustran las huellas de la mezcla: los acomodados, las víctimas, los abusos, el ascenso y la decadencia de clases sociales en el poder –fortunas que nacen y decaen, rápidamente cambiantes–, nuevas injusticias que vienen a sustituir a las antiguas. Fenómenos en estrecha relación con la incipiente institucionalidad de los jóvenes estados que apostaron por modernidades híbridas e incompletas.

En su discurso *Honoris causa* Fuentes hace un recorrido por el intercambio cultural de América y Europa, que es la historia de la Colonia, de la Independencia y de la interdependencia de la economía globalizada de nuestros tiempos. Lo hace con la esperanza de tender puentes, de mover las sensibilidades y rescatar los lazos que una vez fueron comunes. Fuentes apela a un sentimiento de hermandad entre los pueblos para invocar la imperante necesidad de ajustar los órdenes mundiales. Reclama unas instituciones fuertes que velen por la defensa de lo más sagrado que tenemos como herencia común: la conciencia de los derechos del hombre, cualquiera sea su ubicación, raza, condición o género, y su expresión política en el estado democrático. Aprovecha esta oportunidad para decir, en el corazón del viejo mundo, que América es europea y Europa es americana. Y enfatiza sobre la necesidad de que los beneficios del progreso de la humanidad se irradien equitativamente en todos los hemisferios.

A pesar de la validez de sus planteamientos y de lo erudito de su discurso, la omisión seguramente consciente de los aspectos brutales de los encuentros de culturas heterogéneas, localizadas en posiciones diferentes en el orden económico mundial, le da un matiz un poco inocente o por lo menos incompleto a sus planteamientos.

Releyendo su discurso vienen a mi mente las palabras de Zygmunt Bauman, en reciente entrevista publicada por el diario *El Espectador*, al ser interrogado sobre la posibilidad de la existencia de una “ciudadanía global”: “...la globalización ha creado realmente la interdependencia mundial, una realidad en la que las instituciones políticas heredadas y conservadas del Estado–Nación no son funcionales. [...] Personalmente yo llamo a esta situación *interregnum*, que significa: las viejas formas de hacer las cosas no funcionan por más tiempo, pero las nuevas formas no han sido aún inventadas y puestas en su lugar” (2014).

Artemio Cruz encarna en sí todas las variantes y las paradojas del encuentro de orbes dispares, desde la herencia cultural recibida de la Colonia, hasta la apuesta global por la explotación de los recursos naturales, las luchas por el poder, o la construcción de emporios económicos transnacionales. En él se hacen evidentes la ineficacia de las viejas formas de hacer y la lucha de nuestras naciones por adaptar las instituciones a los requerimientos de cada tiempo. Su historia es al mismo tiempo la del fracaso de estas instituciones, que permiten las inequidades, las injusticias, que, incluso, las avalan, disfrazándolas con elaboradas teorías acerca del progreso. Un bienestar relativo que solo abarca a ciertos seres humanos, los que han heredado su posición, o los que, como Artemio, han navegado por las hendijas, grandes hendijas dejadas por este proceso “civilizador”, arrebatando para sí, a sangre y fuego, un destino.

Tal vez al pronunciar sus memorables palabras, Fuentes hubiera podido considerar que adolecemos de algo más que la aplicación, coherente y comprometida, de una legislación eficaz. Lo que parece ser es que carecemos de las instituciones pertinentes y de la legislación adecuada. Ya sea porque ellas no han podido surgir a la par de las nuevas condiciones de ser y estar en el mundo, debido al vértigo de las transformaciones económicas mundiales, o porque se ha evitado premeditadamente su estructuración y fortalecimiento, en razón al ejercicio de una humanidad excluyente que fundamenta en la inequidad su poderío. Es por esas instituciones, débiles o inexistentes, por las que se cuelan las injusticias. Son ellas las que propician y legitiman los desencuentros que Fuentes llama a corregir apelando a la herencia, al núcleo común que nos hace europeos y americanos. Sin embargo, la esencia de la democracia no tiene nacionalidad ni continente y tal vez su único trasfondo cultural es aquel que reconoce la humanidad de cualquier hombre o mujer, enfrentando, en una sola tierra, sus primeras o sus últimas puestas de sol.

Bibliografía

Conversación con Zygmunt Bauman (*El Espectador*): “La educación y la cultura son tratadas como mercancías”. Recuperado de la red (05/17/2015): <http://www.elespectador.com/noticias/economia/educacion-y-cultura-son-tratadas-mercancias-zygmunt-bau-articulo-513878>